



Erasmo Zarzuola Chambi
"Q'ellunchus"

Con ojos de saudade. Pequeña librería de viejo



Hupilas

No obstante que los hupilas saben lo aleatoria que es toda propiedad, su naturaleza los inclina por instinto, irreprimiblemente, a apegarse a si los fetiche en su vida. Desde pequeños saben su lista, por ejemplo: una camiseta roja, un estilográfico, unos anteojos, una escultura de vidrio, una cartera de cuero, una moneda de plata, un diccionario. La lista puede incluir cosas que aun no tenga, pero que serán suyas en algún momento y a las cuales se apegará con codicia, con pasión. Cuando pierda la primera cosa, el hupila sentirá un desgarramiento interior, una especie de sensación nueva, distinta. Y así la pérdida de cada uno de sus si los fetiche será una mudanza de piel de los hupilas, hasta el momento en que desaparezca el sólido, cuando su existencia pierde todo sentido y entonces mueren por falta de interés en la vida.

Dario Jaramillo Agudelo en: Guía para viajeros. Colombia.

La soledad, la pérdida, la condición humana y la constante presencia del pasado son algunos de los temas explorados por Benjamín Chávez en un equilibrio insólito entre pensamiento y sentimiento, distancia e intimidad. Con imágenes potentes, familiares, sus poemas reconstruyen escenas con emoción dirigida a elucidar una verdad que puede ser reconocida por el alma del lector comprometido.

Pequeña librería de viejo revela a un poeta de mirada aguda y voz madura, capaz de crear panoramas íntimos y fugaces cargados de emoción y con el raro talento de hallar sentido y simbolismo ritual hasta en los actos más mundanos. Las escenas cotidianas suscitan observaciones espontáneas, sencillas, meditativas, descripciones con una tranquilidad que viene de la sabiduría. Transita, en sus versos, de la reconstrucción vívida y depurada de un objeto o escena específica, hacia la reflexión, para extraer una iluminación profunda, un hilo de trascendencia en aquello que nuestra mirada ordinaria descarta como vano.

Relación nominal de bajas

Moscas vecias. / La barra atiborrada de vasos exhaustos. / Cubos de agua con dolorongo / balbuceando protestas trastornadas. / Sillas durmiendo la mona / –cansado campamento de refugiados–. / El frío por las rendijas de la puerta. / Solitario el barman / con su solitario café y rubios infinitos / medita, / compasivo. / Las exaltadas vidas, / las derrochadas muertes / de la noche que acaba. / Sin novedad, concluye / –desmantelando altar de los desvelos– / la rutina del bar / a las seis de la mañana.

En este poema el autor delata el instrumento fundamental de su oficio, aquel que permite hallar el grano de oro oculto entre la borra de los días. la contemplación, mediante la cual recoge los detalles precisos del momento, para reconstruirlo –destilado–, y extraer las iluminaciones, a veces desgarradoras, como en Diario del aseo:

Cuelga la toalla en el encorvado caño de la herrumbre. / Un vaho se aplaza a cubrir lo maltrecho. / La prisión y la pestilencia no nos abandonan. / Miserable condena / el lento golear que orada.

En este poema, el simple acto del aseo es transformado en una revelación intimista, la nuestra, de la inutilidad y la aspiración real que oculta: un intento de renacer, de restablecer una pureza perdida, el elemento edénico aludido nuevamente en Los motivos del lobo:

Los brumosos orígenes / lo recibido / –esa herencia que cuesta cargar– / Dolido mirada de bestia / que escruta / un íntimo bestiario filial / ¿confín / refugio / coto de caza? / Toda relación nominal de bajas / es asunto giniestro. / Todo cadáver aleja / el ya mítico jardín primero / la posibilidad de redención / el dulce manantial de la ubre, / la salura y el don.

En sus manos, la poesía se convierte en un vehículo filosófico y actividad de meditación que permite hallar un mundo maravilloso en los lugares menos esperados; un camino para recuperar el norte perdido, rescatar al alma del exilio, reconociendo los indicios sacros que indican que la dirección de la búsqueda no puede ser hacia ningún otro lado que no sea para adentro.

